

mientras por sus mejillas rodaban dos gordos lagrimones.

Aquel día vió Pascual por última vez á su vecino el señor Bellombre. Habiéndose acercado á una ventana, le divisó por encima de la tapia del jardín, al pálido sol de los primeros días de Noviembre, dando su habitual paseo; y el distinguir al antiguo profesor, que vegetaba tan perfectamente feliz, le produjo al pronto extrañeza. Parecíale no haber pensado nunca en que allí estaba un hombre de setenta años, sin mujer, sin hijo, sin un perro, y que cifraba toda su egoísta felicidad en el goce de existir fuera de la vida. Después recordó sus iras contra ese hombre, sus sarcasmos contra su miedo á la existencia, las catástrofes que le deseaba, la esperanza de que llegaría el castigo: alguna moza ó manceba, alguna pariente ávida y hambroña, que sería la venganza. Pero no; volvía á verle siempre tieso, y comprendía que, durante mucho tiempo aún, seguiría envejeciendo así, duro, avaro, inútil y venturoso. Y, sin embargo, ya no le odiaba; antes bien, dábanle impulsos de condolerse de él; ¡tan ridículo y miserable le parecía al no ser amado! ¡Y él, que agonizaba porque se había quedado solo; él, cuyo corazón iba á

estallar porque estaba harto, repleto del ajeno amor! ¡Antes el sufrimiento y sólo el sufrimiento, que ese egoísmo, que esa muerte de lo que hay de vivo y de humano dentro de nosotros!

La noche siguiente, Pascual tuvo otro ataque de angina de pecho, que le duró cerca de cinco minutos. Creyó ahogarse, sin tener fuerzas para llamar á su criada. Después, cuando recobró el aliento, no quiso molestarla y prefirió no hablar á nadie de la agravación de su dolencia; pero tuvo la certidumbre de que estaba acabado, que quizá no viviría un mes. Su primer pensamiento se enderezó á Clotilde. ¿Por qué no escribirla que viniese? Precisamente la víspera había recibido carta de ella, y quería contestarla esa mañana. Luego se le refrescó fuertemente la idea de sus legajos. Si se moría de pronto, su madre quedaría dueña de ellos y los destruiría; y no sólo los legajos, sino sus manuscritos, todos sus papeles, treinta años de su inteligencia y de trabajo suyo. Así se consumaría el delito que tanto había temido, cuyo solo temor, durante sus noches de fiebre, le hacía levantarse estremeciéndose, oído avizor, escuchando si forzaban el armario. Entráronle sudores; vióse despo-



seído, ultrajado, arrojadas á los cuatro vientos las cenizas de su obra. Y en seguida volvió á pensar en Clotilde, diciendo para sí que bastaba sencillamente con llamarla: ella vendría, le cerraría los ojos, defendería su memoria. Ya se había sentado al bufete, con prisa de escribir, para que saliese la carta en el correo de la mañana.

Pero cuando Pascual se vió con el pliego en blanco delante y con la pluma entre los dedos, apoderóse de él un escrúpulo creciente, un descontento de sí propio. Esa idea de los legajos, ese buen propósito de darles una guardiana y salvarlos, ¿no era una sugestión de su debilidad, un pretexto que él mismo se ofrecía para volver á ver á Clotilde? El egoísmo estaba en el fondo. Pensaba en sí y no en ella. La vió volver á la pobre casa y condenarse á cuidar á un viejo enfermo; la vió, sobre todo, con el dolor y espanto de su agonía, cuando llegara el trance de aterrorizarla quedándose muerto entre sus brazos. ¡No, no! Tan horrible momento quería evitárselo, y con él algunos días de crueles despedidas y la miseria después, triste regalo que no podía hacerla sin creerse criminal. Sólo debía tener en cuenta el sosiego, la dicha de ella. ¡Qué importaba lo demás! Moriría

en su agujero, satisfecho con creerla feliz. En cuanto á salvar sus manuscritos, vería si encontraba fuerza para separarse de ellos, entregándoselos á Ramond. Y hasta si hubieran de perecer todos sus papeles, consentía en ello y pasaba con gusto porque no existiese rastro de la valiente obra, ni siquiera su pensamiento, con tal que en lo sucesivo nada turbase la existencia de su querida mujer.

Así, pues, Pascual se puso á escribir una de las respuestas de costumbre, que voluntariamente hacía con gran trabajo, insignificantes y casi frías. Clotilde, sin quejarse de Máximo, daba á entender en su última carta que su hermano no la hacía ningún caso, y que le divertía mucho más Rosa, la sobrina del peluquero de Saccard, aquella jovencueta muy rubia y de cándido aspecto. Y él husmeaba alguna maniobra del padre, una hábil captación en torno de la butaca del inválido, de quien sus vicios, tan precoces antaño, volvían á apoderarse con la proximidad de la muerte. Pero á pesar de su inquietud, no por eso dejaba de dar buenísimos consejos á Clotilde, repitiéndola que su deber era el de sacrificarse hasta el último trance. Cuando puso la firma, las lágrimas le anublaron los



ojos. Aquello era su sentencia de animal envejecido y solitario; lo que firmaba era su muerte sin un beso, sin una mano amiga. Después le ocurrieron algunas dudas: ¿obra bien al dejarla por allá, en aquel medio pervertido, donde en torno suyo bullía todo género de abominaciones?

El cartero llevaba á la Souleia de todas las mañanas las cartas y los periódicos, á cosa de las nueve; y Pascual, cuando escribía á Clotilde, había adquirido la costumbre de acechar para entregarle la carta y estar así bien seguro de que no le interceptaban la correspondencia. Pues bien; aquella mañana, como bajase á darle la que acababa de escribir, quedóse sorprendido al recibir otra de la joven, extraordinaria y fuera de ritmo. Sin embargo, dejó que marchase la suya. En seguida volvió á subir, ocupó de nuevo su sitio detrás de la mesa y rompió el sobre.

Y á las primeras líneas, fué grande su asombro, su estupefacción. Clotilde le escribía que estaba, en cinta, de dos meses. Si había vacilado tanto antes de anunciarle la noticia, era porque ella misma deseaba tener absoluta certeza. Ahora ya no podía equivocarse. Con seguridad, la concepción procedía de los últimos días de Agosto, de aquella

noche feliz en que ella le había dado aquel regio banquete de juventud, la noche de su correría de miseria de puerta en puerta. ¿Acaso no habían sentido en uno de sus estrechos abrazos la voluptuosidad acrecentada y divina del que engendra? Al primer mes de su llegada á París, había tenido dudas, creyendo en un retraso, en una indisposición, muy explicable en medio del trastorno y los pesares de su marcha. Pero no habiendo visto aún nada al cumplirse el segundo mes, había esperado unos días, y hoy estaba segura de su preñez, confirmada además por todos los síntomas. La carta era breve, noticiando sencillamente el hecho; y, sin embargo, llena de júbilo ardiente, de arranques de infinita ternura, con deseos de inmediato regreso.

Enloquecido, temeroso de no comprender bien, Pascual releyó la carta. ¡Un hijo! ¡Aquél hijo por cuya falta se menospreciaba á sí mismo en el día de la marcha, entre el gigantesco soplo desolado del *mistral*; hijo que estaba ya allí, que ella se llevaba consigo, cuando miraba Pascual huir el tren á lo lejos por la llanura rasa! ¡Oh! Aquella era la verdadera obra, la única buena, la única viviente, la que le colmaba de ventura



y de orgullo. Habían desaparecido sus trabajos, sus temores acerca de la herencia. Iba á existir un hijo. ¿Qué importa lo que sería, con tal de que fuese la continuación, la vida perpetuada, el otro *yo*? Quedóse conmovido hasta el fondo de las entrañas, con tierno escalofrío de todo su ser. Se reía, hablaba en alta voz, besaba la carta con locura.

Un ruido de pasos le llamó al mundo exterior. Volvió la cabeza, y vió á Martina.

—Señor, abajo está el doctor Ramond.

—¡Ah, que suba, que suba!

Era otra dicha que llegaba. Ramond gritó alegremente desde la puerta:

—¡Victoria, maestro! Le traigo á V. su dinero; no todo, pero una bonita cantidad.

Y contó lo sucedido: un caso de buena suerte imprevista, puesto en claro por su suegro el señor Lévêque. Los recibos de los ciento veinte mil francos que constituían á Pascual acreedor personal de Grandguillot, no servían de nada, puesto que éste era insolvente. Su salvación procedía del poder que, á petición suya, le entregó el doctor un día para emplear todo ó parte de su dinero en préstamos hipotecarios. Como el nombre del mandatario estaba en blanco, según mu-

chas veces suele hacerse, el notario había tomado por testafarro á uno de sus pasantes; y de esta suerte se habían hallado ochenta mil francos colocados en buenas hipotecas, por mediación de un hombre pundonoroso, enteramente ajeno á los negocios de su principal. Si Pascual hubiera sido activo, acudiendo á los tribunales, el enredo estaría deshecho mucho antes. En resumen, volvían á ingresar en su bolsillo cuatro mil francos de renta segura.

Agarró las manos del joven y se las apretó, con los ojos llenos aún de lágrimas.

—¡Ay, amigo mío, si supiese V. cuán feliz soy! Esta carta de Clotilde me trae una inmensa dicha. Sí, iba á llamarla á mi lado; pero el pensar en mi miseria, en las privaciones que iba á imponerla, me amargaba el gozo de su regreso... ¡Y hete aquí que vuelve la fortuna, ó, por lo menos, lo necesario para que mi gente no pase apuros!

En la expansión de su enternecimiento, había tendido la carta á Ramond, obligándole á leerla. Después, cuando el joven se la devolvió risueño y conmovido de verle tan trastornado, cedió á una necesidad impetuosa de ternura y le estrechó entre sus dos largos brazos, como á un camarada, como



á un hermano predilecto. Los dos médicos se besaron con fuerza en las mejillas.

—Puesto que la buena suerte le envía, voy á pedirle otro favor. Ya sabe V. que desconfío de todo el mundo aquí, hasta de mi antigua criada. Me va V. á llevar un parte al telégrafo.

Sentóse de nuevo á la mesa y escribió sencillamente: "Te espero, sal esta noche."

—Veamos—prosiguió:—hoy estamos á 6 de Noviembre, ¿no es así?... Son cerca de las diez: recibirá mi telegrama á eso de mediodía. Tiene tiempo de arreglar la maleta y tomar, sin dilación, el expreso de la noche, el cual la dejará mañana en Marsella para la hora de almorzar. Pero como no hay tren que enlace en seguida, no podrá estar aquí sino en el tren de las cinco, mañana 7 de Noviembre.

Después de doblar el parte, se levantó.

—¡Dios mío, mañana, á las cinco!... ¡Cuánto falta aún!... ¿Qué voy á hacer hasta entonces?

Luego, impulsado por una preocupación cada vez más grave, dijo:

—Ramond, compañero mío, ¿quiere V. darme una gran prueba de amistad siendo muy franco conmigo?

—¿Cómo, maestro?

—Sí, ya me entiende V.... El otro día me reconoció. ¿Piensa V. que aún puedo tirar un año?

Y tenía fija la mirada en el joven, impidiéndole apartar los ojos. Sin embargo, Ramond trató de escaparse por la tangente, echándolo á broma: ¿todo un medecazo era quien hacía tal pregunta?

—Se lo suplico, Ramond, hablemos en serio.

Entonces el interrogado contestó con toda sinceridad que á su parecer podía muy bien alimentar la esperanza de vivir un año aún. Daba sus razones: el estado relativamente poco avanzado de la esclerosis, la cabal salud del resto de los órganos. Sin duda, algo había que conceder á lo desconocido, á lo impensado, porque siempre era posible el accidente repentino. Y ambos se pusieron á discutir el caso, con tanta tranquilidad como si hubiesen estado en consulta á la cabecera de un enfermo, pesando el pro y el contra, emitiendo cada cual sus argumentos, fijando de antemano la terminación fatal, según los indicios mejor asentados y más prudentes.

Como si se tratase de otra persona, Pas-



cual recobraba su sangre fría, su heroico olvido abnegado, inconsciente, del propio sufrimiento.

—Sí—murmuró á la postre—tiene V. razón: quizá obtenga un año de plazo... ¡Ay, amigo mío! Vea V.... lo que yo pediría serían dos años; loco deseo, sin duda, una eternidad de júbilo...

Y abandonándose á este ensueño de porvenir, añadió:

—El hijo nacerá á fines de Mayo... ¡Sería tan hermoso verle crecer un poco, hasta los diez y ocho, los veinte meses, vaya, nada más! Sólo el tiempo preciso para que se suelte un poco y dé los primeros pasitos... No pido mucho: verle andar; y después, ¡Dios mío!, después...

Completó su pensamiento con un ademán. Y luego, apoderándose de él la ilusión:

—Dos años no son ningún imposible. Yo tuve un caso muy curioso, un carretero del arrabal; vivió cuatro años contra todas mis previsiones... ¡Dos años, dos años! ¡Los viviré, necesito vivirlos!

Ramond, que había bajado la cabeza, ya no contestaba. Tuvo escrúpulo de haberse mostrado harto optimista; y la alegría del maestro le inquietaba y se le hacía dolorosa,

cual si esa misma exaltación, al perturbar un cerebro tan firme en otro tiempo, le avisase que existía un peligro inminente y confuso.

—¿No quería V. enviar este telegrama al momento?

—¡Sí, sí! Vaya V. pronto, mi buen Ramond, y pasado mañana le espero. Aquí estará ella, y quiero que venga V. á abrazarnos.

El día se le hizo muy largo. Y aquella noche, hacia las cuatro de la madrugada, cuando Pascual acababa de conciliar el sueño, después de un feliz insomnio de esperanzas y de ilusiones, le despertó brutalmente una crisis espantosa. Le pareció que un peso enorme, la casa entera, le había caído encima del tórax, hasta el punto de juntarle el pecho con la espalda; ya no respiraba; el dolor subía á los hombros, al cuello, y le paralizaba el brazo izquierdo. Por supuesto, conservaba integro el conocimiento, sintiendo que el corazón se le paraba y que su vida estaba á punto de extinguirse bajo la horrible prensa que le asfixiaba. Antes de que el acceso llegase al periodo culminante, había tenido fuerzas para levantarse y golpear el suelo con un bastón para hacer que subiese



Martina. Luego había vuelto á caer en la cama, sin poder moverse ni hablar ya, empapado en frío sudor.

En el silencio sepulcral de la casa vacía, por fortuna Martina le había oído. Vistióse, se echó un mantón y subió rápida, con una vela. La noche aún estaba oscura, la alborada ya próxima. Y cuando vió á su amo, en quien sólo vivían los ojos, con las mandíbulas encajadas, parálitica la lengua, desfigurado el rostro por terrible angustia, clavados en la que entraba los dolientes ojos, espantóse, y, despavorida, no pudo más que arrojarle hacia la cama, gritando:

—¡Dios mío, Dios mío! Señor, ¿qué tiene V...? ¡Respóndame, señor, que me da V. miedo!

Durante un minuto largo, Pascual siguió ahogándose cada vez más, sin conseguir recobrar el aliento. Después (aflojándose poco á poco la prensa que trituraba sus costillas) murmuró muy quedo:

—Los cinco mil francos de la cómoda son de Clotilde... La dices que todo está arreglado en casa del notario, y que allí encontrará con qué vivir...

Entonces Martina, que le había escuchado con la boca abierta, se desesperó, confesó

su mentira, ign orando la buena nueva anunciada por Ramond.

—Señor, perdóneme V., he mentido. Pero estaría mal hecho mentir más... Cuando le vi á V. solo y tan desgraciado, tomé de mi dinero...

—¡Pobre hija mía, eso hiciste!

—¡Oh! ¡Yo esperaba que el Señor me lo devolvería con el tiempo!

Calmábase el acceso; pudo volver la cabeza y mirarla. Estaba estupefacto y enternecido. ¿Qué había pasado en el corazón de la avara solterona, que durante treinta años había reunido duramente su tesoro y jamás le quitaba una moneda de cinco céntimos, ni para los demás ni para ella misma? No comprendió aún, pero quiso mostrarse agradecido y bondadoso.

—Eres una buena mujer, Martina. Todo te será devuelto... Creo que me voy á morir...

No le dejó acabar ella, rebelándose con un sobresalto de todo su ser, con un grito de protesta.

—¡Morir V., señor!... ¡Morir antes que yo! ¡No quiero; haré todo lo que se puede hacer en el mundo, lo impediré!

Echándose de rodillas delante de la cama le cogió con manos temblorosas, palpando



para saber dónde le dolía, reteniéndole como si esperase que no se atreverían á arrebatárselo.

—Dígame V. lo que tiene; yo le cuidaré, yo le salvaré. Si es necesario darle á V. mi vida, se la daré, señor... Puedo pasarme aquí los días y las noches. Aún estoy fuerte; seré más fuerte que el mal, ya lo verá V... ¡Morir, morir V.! Eso no es posible. ¡Dios misericordioso no puede querer injusticia semejante! ¡Tanto le he rezado en mi vida, que algo tiene que atenderme; y me atenderá, señor, le salvará!

Pascual la miraba, la oía, y veía claro de pronto. ¡Le amaba la mísera servidora; le había amado siempre! Recordaba sus treinta años de ciega fidelidad, su adoración muda de otros tiempos, cuando le servía de rodillas siendo ella joven; más tarde, sus sordos celos de Clotilde y todo lo que inconscientemente había debido de sufrir en tal época. Y allí estaba también hoy de rodillas, delante de su lecho mortuario, con los cabellos grises, los ojos de color de ceniza, el pálido rostro de monja alelada por el celibato. Y comprendía que ella lo ignoraba todo, sin saber ni siquiera con qué clase de amor le había amado, no amando á nadie más que á él, por

la dicha de amarle, de estar á su lado, y de servirle.

Llenáronse de lágrimas los ojos de Pascual. De su pobre corazón medio destrozado se desbordaban una lástima dolorosa, una infinita ternura humana. La habló así:

—¡Pobre hija mía! eres la mejor de las muchachas... ¡Anda! ¡Abrazame como me quieres, con toda tu fuerza!

También ella sollozaba. Dejó caer sobre el pecho de su amo su cabeza gris, su rostro ajado por su larga servidumbre doméstica, y le besó frenéticamente poniendo en ese beso toda su vida.

—¡Bueno! No nos enternezcamos; porque, mira, por más que discurras, de todas maneras esto es el acabóse... Si quieres que te ame, vas á obedecerme.

Ante todo, se empeñó en no quedarse en su alcoba: le parecía helada, alta, vacía, negra. Habíanle entrado ganas de morir en la otra alcoba, la de Clotilde, aquella donde ambos se amaron, donde él no entraba sino con temblor religioso. Y fué preciso que Martina tuviese la abnegación postrera, que le ayudase á levantarse, le sostuviese y le condujese, tambaleándose, hasta la cama auntibia. Había cogido él de debajo de la almo-



hada la llave del armario, que ponía todas las noches allí, y volvió á ocultar la llave debajo de la otra almohada, para vigilarla mientras estuviese vivo. Apenas empezaba á clarear el día; la criada había puesto la vela encima de la mesa.

—Ahora que estoy acostado y que respiro un poco mejor, me vas á complacer yéndote á escape á casa del doctor Ramond... Le despiertas, y te le traes contigo.

Ella obedecía cuando le acometió á él un temor.

—Y, sobre todo, te prohibo que vayas á avisar á mi madre.

Afanosa, suplicante, volvióse Martina.

—¡Oh! señor; ¡y la señora Felicidad que me ha hecho prometer mil veces...!

Pero Pascual estuvo inflexible. Toda su vida se había mostrado deferente con su madre, y creía haber adquirido el derecho de defenderse contra ella en el punto de la muerte. Se negaba á verla. La criada tuvo que jurarle ser muda. Sólo entonces recorrió él la sonrisa.

—Vete pronto... ¡Oh! Me volverás á ver; no es cosa tan apremiante.

Por fin alboreaba el triste amanecer de una pálida mañana de Noviembre. Pascual

había mandado abrir los postigos de la ventana, y cuando estuvo á solas, miró crecer aquella luz, sin duda la del último día que le quedaba de vida. La vispera había llovido, y el sol permanecía velado, tibio aún. De los vecinos plátanos ascendía el músico y parlero rumor del despertar de los pájaros, al paso que muy lejos, en el fondo de la campiña dormida, silbaba una locomotora con lamento continuo. Y él estaba solo, solo en el tétrico caserón, cuyo vacío sentía en torno y cuyo silencio escuchaba. El día iba esclareciendo con lentitud, y él continuaba siguiendo con la vista la mancha ensanchada y blanquecina á través de los vidrios. Luego quedó anegada en luz la llama de la vela y apareció por completo el dormitorio. Esperaba que esto le aliviase y no se vió defraudado: dábanle consuelos la colgadura de color de aurora, cada uno de los muebles que le eran familiares, la ancha cama donde tanto amó y donde se había acostado para morir. Bajo el alto cielo raso, en la estancia escalofriadora, seguía flotando un puro olor de juventud, una infinita dulzura de amor que le envolvía como caricia fiel y le reconfortaba.

Sin embargo, aunque lo agudo de la crisis



había pasado, Pascual sufría horrorosamente. Quedábale aún en la caja del pecho un dolor punzante, y el brazo izquierdo, adormecido, le pendía del hombro, pesado cual un brazo de plomo. En la interminable espera del socorro que Martina iba á traerle, había concluido por fijar todo su pensamiento en aquel dolor que su carne sufría. Y se resignaba, sin experimentar la rebelión que en él producía en otro tiempo el sólo espectáculo del dolor físico. Antes le desesperaba, como una crueldad monstruosa é inútil. En medio de sus dudas respecto á curar sanando, sólo cuidaba á sus enfermos por combatirlos. Al acabar por aceptarlo, hoy que él mismo sufría su tormento, ¿habría subido un peldaño más de su fe en la vida, hasta esa cima serena donde la vida aparece como bien total, aun previa la condición fatal del sufrimiento, que tal vez es su resorte? ¡Si! Vivir toda la vida, vivirla y soportarla toda, sin creer que se mejoraría haciéndola indolente; esta verdad brillaba ante sus ojos de moribundo, como el secreto del gran valor y la cordura magna. Y para entretener su espera y divertir su mal, reanudaba sus teorías últimas, soñaba el medio de utilizar el sufrimiento y transformarlo en acción, en

trabajo. Si á medida que el hombre se eleva en la escala de la civilización siente cada vez el dolor, es muy cierto que también se hace más fuerte, más resistente, más armado. El órgano, el cerebro que funciona, se desarrolla y fortalece, con tal que no se rompa el equilibrio entre las sensaciones que recibe y el trabajo que produce. En ese caso, ¿no puede soñarse una humanidad en que la suma del trabajo equivalga con tal exactitud á la suma de las sensaciones, que el mismo dolor tenga empleo y quede como abolido?

Salía ya el sol, y Pascual daba vueltas confusamente á esas remotas esperanzas, cuando sintió nacer del fondo de su pecho nueva crisis. Tuvo un momento de ansiedad atroz: ¿era aquello el fin? ¿Iba á morir solo? Pero, justamente, rápidos pasos subían la escalera: entró Ramond, seguido de Martina. Y el enfermo tuvo tiempo de decirle antes de ahogarse:

—¡Inyécteme, inyécteme V. en seguida, con agua pura!

Por desgracia el médico tuvo que buscar la jeringuilla, y luego prepararlo todo. Esto duró algunos minutos, y el ataque fué espantoso. Seguía sus progresos con ansiedad, las facciones que se desencajaban, los labios



que azuleaban. Por último, cuando hubo practicado la inyección, advirtió que los fenómenos, estacionarios por un instante, disminuían después lentamente en intensidad. También esta vez quedó evitada la catástrofe.

Pero en cuanto se le pasó el ahogo, echando Pascual una mirada al reloj de pared, dijo con voz débil y tranquila :

—Amigo mío, son las siete... Dentro de doce horas, esta tarde á las siete, habré muerto.

Y como el joven quisiese protestar, dispuesto á discutir, le atajó la palabra, diciendo :

—No, no mienta V. Ha presenciado el acceso, y tan enterado está V. como yo... En lo sucesivo, todo va á desarrollarse de un modo matemático ; y hora por hora, podría describirle á V. las fases del mal...

Interrumpióse para respirar difícilmente; y después añadió:

—Por supuesto, no me quejo de nada, estoy contentísimo... Clotilde llegará á las cinco; no pido más que verla y morir entre sus brazos.

Sin embargo, no tardó en sentir notable mejoría. El efecto de la inyección era verda-

deramente milagroso; y pudo sentarse en la cama, con la espalda reclinada en almohadones. La voz iba siendo fácil; jamás había parecido más grande la lucidez del cerebro.

—Sepa V., maestro—dijo Ramond—que no le abandono. He dicho á mi mujer que vamos á pasar el día juntos; y por más que diga V., espero que no será el último... ¿No es así? Permítame V. que esté como en mi casa.

Pascual se sonreía. Dió órdenes á Martina y quiso que se ocupase del almuerzo para Ramond. Si la necesitasen, la llamarían. Y los dos hombres se quedaron solos, en grata conversación íntima; el uno acostado, con sus grandes barbas blancas, discurriendo como un sabio; el otro sentado á la cabecera, atendiendo, mostrando la deferencia del discípulo.

—En verdad—murmuró el maestro, como si hablase consigo mismo—es extraordinario el efecto de estas inyecciones.

Luego, alzando la voz, prosiguió, casi alegre:

—Mi amigo Ramond, quizá no sea ningún gran regalo el que le hago, pero quiero dejarle mis manuscritos. Si; Clotilde tiene orden de entregárselos, cuando yo no exista...